

Economía Cafetera

Por HERNAN JARAMILLO OCAMPO

(Especial para la Revista "Facultad Nacional de Agronomía").

Está comprobado plenamente que la única industria democrática en Colombia es la del café. Su estructura familiar, la imposibilidad de llevar a ella la mecanización, la defiende del apetito capitalista. Sólo el café cumple entre nosotros una verdadera función social. El oro es industria de grandes capitales, de alta técnica. Predomina en ella el tipo de sociedad ordinaria sometida al álea, y a la cual no pueden interesarse sino grandes capitales. Su estilo no corresponde siquiera a la sociedad anónima, democrática en su forma. El oro es explotación de gentes ricas, cuando no de aventureros, tahures o imaginarios. Por estas circunstancias la industria aurífera no ha creado riqueza colectiva. Puede haber fomentado riqueza privada en una docena de familias, pero la riqueza democrática no aparece en su historia. El petróleo, más que una industria capitalista es una industria extranjera. Capitales que cubran a lo menos el doble del presupuesto nacional están en condiciones de dedicarse a esta explotación. Una escasa regalía, filtro mínimo que escapó la ley a la rapiña extranjera, le queda al país como residuo de la explotación petrolera. Santander, Departamento privilegiado a este respecto, ha logrado, es cierto, desarrollar un plan vial gozando de la participación en las regalías que le asignó el Congreso. Pero yo pregunto: ¿exhibe Santander cincuenta mil familias que vivan del café y cuarenta y tres municipios que sostienen

su comercio, su fisco, con base exclusiva en una industria agrícola? Industria democrática es la del café que crea cincuenta mil propietarios, sostiene el treinta por ciento de la balanza de pagos, enriquece el fisco nacional, y permite en veces construir acueductos en Cartagena, y pabellones de lujo en la Ciudad Universitaria. Industria nacional terrigena, con estilo propio la del café, que arraiga al hombre a la tierra, con vínculos permanentes y que sin ayuda del Estado, sin higiene, y pagando impuestos, sostiene el patrimonio privado de cincuenta mil familias en Caldas.

La finca cafetera no es un monocultivo sino una escuela y una granja. Alrededor del cafeto el labriego cultiva el plátano, la yuca, las hortalizas, la caña y el fique. Tres desyerbas al año, que gastan aproximadamente el diez por ciento del tiempo de su cultivador, permiten a éste dedicar el resto al trabajo de cultivos complementarios. Utilizase en la finca cafetera no sólo al hombre adulto, que en el rigor de las clasificaciones se conoce con el nombre de un brazo completo, sino también a la mujer, —medio brazo—, que colabora en la recolección de la cosecha, ayuda en los menesteres domésticos, asiste al corte; y al niño —cuarto de brazo— que sentado sobre la camilla selecciona los granos y en la sementera se adiestra en las desyerbas. Faena completa esta del café. No es la agricultura primaria en que la naturaleza produce sola. Es la colaboración integral entre el hombre y la tierra. Tiene tanto de proceso agrícola, como de labor industrial. El beneficio del café supera el trabajo agrícola primario y es una etapa industrial intercalada en la escala productiva. En la industria cafetera actúa tanto el brazo luchador y el ímpetu pastoril de nuestras gentes, como su agudeza intelectual y su sed de posesión. Industria permanente de larga duración, arraiga al hombre al surco y a la parcela, haciéndole olvidar su condición de trabajador trashumante para convertirlo en propietario con título y mojones. Más que la ley, la raza y las costumbres, el café ha parcelado a Caldas. Industria en que pesa más el trabajo que el capital, en la cual colabora en mayor proporción el brazo del hombre que el esfuerzo de la tierra y la herramienta mecánica, es ins-

trumento democrático para parcelar la propiedad, su posesión y su usufructo. La finca cafetera tiene características de rancho, escuela, fábrica, granja y sementera. La proporción en que se coloca el capital en relación con una industria, determina su estructura capitalista o su perfil social. Vale más un palo de café que la tierra que lo sustenta. Como es necesario esperar cuatro o cinco años para empezar a recoger los réditos de ese trabajo, la inversión en el café tiene características de ahorro en que el hombre después de un esfuerzo que le arrebató su juventud y su salud, empieza ya maduro a recoger los granos que dejará a su prole como hijuela. Todas las características de una economía cerrada, que se realiza sin necesidad de buscar auxilio, fuera de sus lindes, se cumple en la finca cafetera. Allí el hombre empieza a romper la selva o el gradual, con cuyas maderas levanta su choza, y traza la sementera. Más tarde, levantado el plátano y madura la roza de maíz, abre el surco para trazar el cafetal y sembrar el guamo. En todo este proceso el cultivador no ha tenido necesidad de buscar ayuda externa. La tierra se lo ha dado todo. Caldas, que presenta no sólo ante el país sino ante América, el espectáculo de una democracia organizada por la tierra, de una economía amojonada por la red de montañas y colinas, debe recordar de cuando en vez que el café no es sólo para ella dinero, moneda internacional, comercio y vida fiscal, sino también cátedra ejemplar, y ejemplo de sistematización gremial.

LA RACIONALIZACION DEL CREDITO. — Crédito agrario, crédito hipotecario, crédito prendario, son apenas palabras sonoras, que han adquirido patente de circulación en el país. Ellos no existen sino como invenciones técnicas. La ciudad distribuye el crédito a su amaño, restringe o amplía su utilización, su cantidad, los plazos, cuotas de amortización y ratas de interés a su capricho. El crédito no ha llegado a la tierra, a la sementera ni al surco. Puede que haya llegado al campesino, y aún al pequeño propietario, pero éste, en un abuso de confianza, no se

lo ha entregado a su parcela. En veces, como en la inflazón del año 28, se lo entregó a la ciudad, al edificio, negándole a la tierra con premeditada mala fe lo que ésta había producido y le era propio.

El crédito lo hemos distribuido con miras al propietario, y no a la tierra; el Estado se afana porque el crédito agrario se distribuya entre los agricultores y controla esta distribución, pero en ningún momento se ha preocupado porque éste llegue a la agricultura, porque se invierta racionalmente en cultivar la tierra. Puede el deudor que aprovecha la cosecha pendiente para conseguir dinero, invertir éste en radios, paseos, trajes o tertulias. Colombia no se ha preocupado porque él invierta el dinero que se le prestó, con miras a su sementera. En esta forma la tierra tiene que pagar inmisericordemente, gastar sus energías nutritivas, agotar su savia, en el pago del préstamo que su amo invirtió en estaciones veraniegas. El campesino colombiano en este aspecto engaña a la tierra. Hace 30 años, por ejemplo, le estamos arrebatando a las vertientes de Caldas, café en grandes cantidades. Anualmente le arrancamos a los campos un millón doscientos mil sacos de café que representa para ellos, savia, vida, calor, energía, porque el proceso productivo de la tierra, es similar al animal: se crea con esfuerzo desgarrando la carne propia para dar al mundo un nuevo ser. Sin embargo, nos olvidamos de devolver a la tierra, en abonos, en cultivo racional, en métodos, en podas, parte de las substancias vitales que ella nos ha entregado anualmente. Y cuando ya a los treinta años la tierra desecada por la rapiña del hombre que le arrebató todo sin retornarle nada, empieza a decaer, éste la abandona, repitiendo con la ingenuidad de su abuelo: esta tierra está acabada. La tierra no se ha acabado. Quien se acabó fue el cultivador, el verdadero labriego, que ciego, ha sido incapaz de comprender que al surco es necesario devolverle energías, lo que él nos ha entregado en frutos. Hay dos formas de acabarse un hombre, como dice Joaquín Costa: la una, morir de muerte natural, y la otra permanecer clavado, petrificado en la generación que le precedió. En esta forma se ha acabado el campesino caldense. Se quedó pegado en

la etapa manual de la agricultura, en la época de sus abuelos, sin más divisa técnica que la creciente y la menguante. Para salvar la agricultura departamental, es necesario rectificar dos errores: primero, que nuestras tierras están acabadas, y segundo, que la naturaleza lo puede todo. La agricultura es un proceso de colaboración entre el hombre, la técnica y el surco. Ni la tierra sola puede producir, y la colaboración unilateral entre la tierra y el hombre no es suficiente para hacer racional el proceso agrario. Es necesario intercalar entre el hombre y la tierra un intermediario: la técnica.

TIERRAS SIN HOMBRES.—HOMBRES SIN TIERRA. — ¿Por qué el hombre colombiano, hijo de pastores, agricultor de raza, no cultiva la tierra? ¿Por qué las tierras colombianas fértiles y en un gran porcentaje colocadas en contacto con los centros de consumo, permanecen incultas? Tres elementos informan la economía productiva: el capital, el trabajo y la tierra. El hombre se vincula a la tierra por medio de las herramientas, que son el capital. Tenemos el trabajo y la tierra, y carecemos de herramientas, de capital, para romper ese obstáculo que se interpone entre el hombre colombiano listo a fecundar la tierra y ésta lista a entregarse generosamente. El país ha abandonado al agricultor al no entregarle capital suficiente para cultivar la tierra y ha abandonado también a ésta al no ponerla en condiciones de producir. Qué gran soledad la de este labriego colombiano que frente a una tierra fértil tiene que permanecer cruzado de brazos porque no posee ni las herramientas ni los abonos ni el arado ni el hacha para poseerla.

La redención del campesino, la parcelación y el regreso al campo serán posibles cuando el Estado irradiando crédito ponga al hombre colombiano en condiciones económicas de cultivar su parcela. Parcela más el crédito que la Ley. Esta es forma muerta si no se vitaliza por medio del capital. Dadle a un paisano capital y herramientas y tendréis un agricultor. Dejad al agricultor sin crédito, sin capital y sin herramientas, y tendréis un buró-

crata, un desocupado.

Es ilusorio que con crédito al 6% se vaya a fomentar la agricultura. Negocio por naturaleza aleatorio, sobre todo entre nosotros donde la cosecha está sometida a los rigores del trópico y a los más caprichosos aún de la inestabilidad de los precios, no es posible trabajarlo con dinero al 6%. Si de la utilidad neta el agricultor tiene que dedicar un 6% a atender los réditos del capital conseguido, preferiría más bien trasladarse a las ciudades, a gozar de los dividendos que reparten los mismos institutos de crédito. Es mejor negocio comprar cédulas del Banco Central Hipotecario para ganar un 6% seguro, sin cansancio ni esfuerzo, que conseguir con el mismo Instituto un préstamo para cultivar una labranza sometida a impuestos, lluvias, ataques de cuatrerros, paludismo y deudas. Entréguesele al campesino colombiano dinero a un bajo interés —4% por ejemplo— y marcamos el regreso definitivo al campo, la redención práctica del hombre descalzo.

EL CAFE ANTE NUESTROS COMPETIDORES. — Para nadie es un secreto que la industria brasilera marcha hacia una crisis dramática. Nuestros competidores se han dedicado no a la tarea de cultivar cafetos, sino a la labor de destruirlos. Esta destrucción se opera en un 30% en las zonas de cafés de mejor calidad, que son los únicos que pueden hacernos una mediana competencia. Mientras el mundo, los Estados Unidos y Europa, están preparados para consumir más café, el Brasil se está preparando para producir menos y más malo. Día a día producen menos café de buena calidad, y día a día también, el mercado exige mayor porcentaje de cafés finos. El horizonte es claro. El consumo se orienta hacia los cafés suaves y nosotros somos los amos y señores de este artículo. De aquí se desprende una conclusión elemental. Necesitamos producir más café, no por capricho o solicitud de nuestras tierras, sino porque el mercado así lo exige. El aumento de nuestra producción se puede lograr con dos sistemas: duplicando el número de árboles, o duplicando la producción por ár-

bol. El censo cafetero del 32 dá para el país quinientos cincuenta mil árboles aproximadamente. Una libra doscientos cincuenta gramos produce cada uno en promedio. Está probado científicamente que con abonos, racionalización del cultivo, se puede obtener que un árbol de café produzca dos y media libras por árbol, por lo cual habremos elevado nuestra exportación a ocho millones de sacos anuales.
